

FR. GERUNDIO.

CONTINÚA EL CARNAVAL.

De los álamos á los olmos hay una legua de mil demonios; de los olmos á los álamos hay una lengua de dos mil diablos. Desde el palacio al congreso hay una carrera de dos mil perros; desde el congreso al palacio hay una tirada de dos mil diablos. Y con todo de ser tan larga esta carrera que

coge de un extremo á otro de Madrid, y que á manera de ecuador divide la poblacion de medio á medio en dos zonas iguales, que comprenden hasta los dos círculos polares de Lavapiés y Leganitos, toda estaba sin embargo la mañana del martes 18 llena de gentes que iban y venian, y bullian de un lado á otro como peces en estanque. La afluencia del gentío, las colgaduras de los balcones, la arena tendida por las calles, la tropa y milicia formadas en hileras, todo presentaba un aparato exactamente igual al del día del Corpus; no faltaba mas que el toldo. Pero lo que se aguardaba no era la procesion del Corpus, ni el carro triunfal del Santísimo, sino la apertura de las córtes y los coches de SS. MM. y real comitiva. Y hay tambien la diferencia que Corpus-Cristi es un día y una vez al año, y las aperturas de córtes se hacen cada tres ó cuatro meses, ó antes si espera haber peligro de ministerio, ó si han de comulgar. Por lo cual les encaja soberanamente bien el nombre de *ordinarias*, tanto porque de ellas se puede decir: *panem nostrum cotidianum*, las córtes nuevos de cada día abridnoslas hoy, como por lo mucho que se emplean los *ordinarios* en traer y llevar diputados, con quienes el gobierno y yo nos divertimos como unos muchachos en verlos jugar á las cuatro esquinas por esos caminos.

El día estaba risueño y templado, bonachon y apacible, como les agradan á las mugeres los ge-

nios de los maridos. Dia tan apropiado para comidas de campo, como para ver aperturas de córtes, como para emprender operaciones de campaña. Si muchos no salieron á comer al Caua ó á Carabanchel, fue porque prefirieron la diversion de ver la apertura; y si en Aragon estuvo la mañana tan hermosa como aqui, y no salió el cuartel general de Mas de las Matas, sus razones habria para ello. Pero no, no puede haber otras, pues como dijo S. M. en el Discurso, solamente "el rigor de la estacion ha interrumpido los progresos de nuestras armas," que no sé cómo no se han agarrado los periódicos del progreso de este dicho de S. M. para probar que nuestras armas son naturalmente progresistas, porque ellos, como es muy natural á todo el que está caido, se agarran á un clavo ardiendo, y un dicho de S. M. no es el peor clavo que digamos.

Yo tambien necesito agarrarme á cualquier cosa si he de amenizar una funcion de apertura, en que ni ocurrió el mas pequẽo notable incidente, ni hubo mas que *lo de rutina*, y aun algo menos; y que estuvo floja por demás, insulsa y tibia. Y si esto sucede con funciones que se hacen pocas veces al año, y en que interviene todo lo mas alto y subido, encopetado, lucido y esplendoroso de la nacion, ¿se extrañará que saliendo las capilladas de Fr. Gerundio dos veces á la semana sin mas intervencion ni mas copetes que su sola y pobre capilla, salgan algunas tibias, flojas, insulsas

ó desmadejadas? ¡Ah hermanos en Cristo! Que ni siempre está el salero á mano, ni todos los manjares reciben la sal como la carne de puerco, y hay viandas ó materias de por sí tan descarnadas, huesosas y cerradas de poros, que no les entrara un grano de salitre aunque la capilla gerundiana fuera un alfolí, que ya se contentara ella con ser un toldillo de venta por menor.

Mientras los espectadores ambulantes repasaban con la vista los grupos de los espectadores quietos que apiñados á los balcones estaban, mi Paternidad se entretenía en observar la visualidad que hacían los variados colores, telas, formas y tamaños de las coladuras. Y no era mucho que en los balcones de una misma casa se notase esta misma falta de uniformidad colorística, habiendo como hay libertad de coladuras, cuando en un mismo batallón tenemos ocasion de observar la variedad de vivos y la divertida mescolanza de morriones, virretinas y cachuchas, cartucheras y cananas que en algunos cuerpos constituyen los adornos militares de nuestros guerreros. De forma que hay coroneles de cuerpos que si les preguntan por el uniforme de cada batallón, pueden empezar su informe con las mismas palabras con que principió el apostol San Pablo su carta á los Hebréos: *«Multifariam, multisque modis etc.»*

Deseaba la vista encontrar algun objeto nuevo y no visto en otras aperturas en que recrearse: y á falta de otros de mayor interés atrájo hácia sí las

mirados de todos un hermano vestido todo de blanco y con boina tambien blanca á la cabeza que se presentó en un balcon de la *Pastelería de París*. Como á la paz la pintan con ropage blanco, levantóse un alegre murmullo diciendo que al balcon de la *Pastelería de París* estaba asomada la paz. Tirabeque, que fue uno de los que mas atentamente miraron, asegura que oyó contestar al pastelero: «Señores, de la pastelería de París no sale la paz, de aqui no salen mas que pasteles y mas pasteles.»

En honor de la verdad yo no oí semejante contestacion, ni vi en aquel hombre mas que una figura de carnaval sin careta, como otros muchos enmascarados sin careta y otros muchos pasteleros sin vestido blanco que aquel dia se dejaron ver, y aun se verán muchos mas durante el carnaval que está ahora en su principio, y durante esta legislatura que está en su primer periodo.

Veinte y un cañonazos anunciaron la salida de SS. MM. del Real Palacio; y por despachar presto con la parte de artillería, dióse que entre anuncios de entradas y salidas se tiraron ochenta y dos cañonazos, que con otros tantos que haga tirar el general Hoyos repartidos entre el fuerte de Beteta y el de Cañete, pienso que hará la verdadera apertura por que están suspirando tiempo há en aquella provincia de lágrimas y de facciosos; y si así no lo hicieron, Dios se lo demande, que

nada adelantaremos con oír cañonazos acá si no andan los tamborilazos por allá.

Llegaron SS. MM. con el cortejo y coches de costumbre, excepto el suntuoso de concha que se echó de menos. El pueblo mostró con sublime silencio el respeto, acatamiento y adhesión que tan justamente le merecen las Regias personas. Orgullosos y envanecidos como siempre iban los caballos de tiro del coche Real con los hermosos y elegantes penachos azules que cautivaban las miradas de la muchedumbre. Decíame Tirabeque: «Señor, ¿qué extraño es que el hermano Moscoso de Altamira se envanezca de verse nombrado siempre presidente del senado, cuando estos caballos por solo unos plumajes postizos que llevan se miran y se contonean tanto que les parece que todo el mundo es poco para ellos!—Pelegrin, ya sabes que toda comparación es odiosa, le dije.—Corriente, señor, yo no me meto con nadie.

Un cuarto de hora sería pasado cuando el clamor de los ciegos y ciegas, que de repente inundaron las calles de la carrera, vendiendo *el Discurso que S. M. la Reina Gobernadora acaba de pronunciar en las Cortes*, anunció mas que los cañonazos que la sesión regia debía estar concluida. «Anda, Pelegrin, (le dije), toma inmediatamente un discurso al primer ciego que tropieces.—No hay que anurarse, señor, que mejor entiendo yo que vd. á que mana van estas cosas.—Vayan á la mano que quieta, yo te mando que tomes luego un

ejemplar, porque tengo deseo de leerle.—Tenga vd. cachaza, señor, que el bolsillo lo agradecerá.—¡El bolsillo!—El bolsillo, si señor. Porque ha de saber vd. que estos discursos son como la fruta, que al principio se pagan mucho, y por momentos van bajando de precio: ahora valen á real y medio, y dentro de un rato no habrá quien dé por ellos dos cuartos.

Así era la verdad, y no pude menos de admirar y reirme de la inteligencia de Tirabeque en la estadística y cotización del ramo de discursos: mas por no dilatar su lectura preferí tomarle al precio medio de seis cuartos al pequeño ahorro que de aguardar á la última hora del mercado reportaría. Hice pues mi operacion mercantil con aquel *papel de la deuda no consolidada del Estado*, y púseme á leer.

Pero tengan vds. la bondad de dispensarme por un momento, señores, porque es tanta la gente que pasa todavia, y tantos los tropezones que me dan, que no pueda leer una letra. Ya vienen de regreso SS. MM. con la misma pompa y acompañamiento. ¡El cielo os bendiga, augustas princesas, y os ilumine para hacer la felicidad de esta desventurada nacion!—«Quítese vd. esa gorra, militar; le dijo Tirabeque á un soldado que estaba junto á él; ¿no ve vd. que está delante del coche de S. M.?—Así pudiera, paisano, le contestó él.—¿Pues quién se lo impide á vd.?—Míreme vd. á los hombros, y lo verá.—Faltábanle al infeliz au-

los brazos.....!—Pues oiga vd. (dijo á esto un capitán que nos estaba escuchando la conversacion); sepa vd. que ese es un valiente; era de mi compañía, y perdió los brazos donde yo perdi esta pierna.—Y enseñó una de palo que á la natural habia sustituido —Para eso tendrá vd. ahora buen retiro ó buen empleo.—Uno y otro se lo cambio á vd. (repuso el capitán) por lo que vale ese discurso que tiene vd. en la mano, que será bien poco. ¿Sabe vd. el empleo que tengo? Una racion como de limosna en el hospital, lo mismo que otros varios camaradas que están tan buenos mozos como yo. Si quiere vd. ver el empleo y las pagas que nos dá el gobierno, aquí las tiene vd. —Y volvió á enseñar la pierna de palo.

Fué lástima que la excelsa Cristina no hubiera podido ver por entre los grupos de las jentes aquel par de defensores de su augusta Hija, pues creo que su sola vista les hubiera dado mas resultados que cuantas instancias están diariamente dirigiendo al ministerio. Porque ¿qué memorial mas elocuente para una Reina que una pierna de palo, y qué representacion mas enérgica que una gorra que no puede quitarse delante de S. M. por haber perdido ambos brazos en su defensa? Pero pienso que S. M. ni vé los memoriales de papel, ni los de pierna de palo.

No bien habria llegado la real comitiva á Palacio cuando cambió repentinamente la faz del horizonte. Nublóse el sol, encapotóse el cielo, la oscu-

ridad se derramó sobre la haz de la corte, empezó á lloviznear, y no sé si se rasgaría tambien el velo del templo en el santuario de las leyes para que acompañasen á la apertura de las cortes de este carnaval las mismas señales que siguieron á la muerte de Cristo.

EL DISCURSO.

Concluida la procesion, nos retiramos Tirabique y mi Reverencia á nuestra celdita á leer detenidamente el Discurso de la Corona. Leyó Pelegrin el párrafo primero, en que nada se le ofreció que notar, y pasó al segundo que dice: *«El estado de nuestras relaciones con las potencias signatarias del tratado de la cuádruple alianza, es siempre satisfactorio. La Francia y la Gran Bretaña me dan cada dia mayores pruebas de interés y decision por el triunfo de nuestra causa.»*

Este párrafo está bueno, señor.—Asi es la verdad que no le duele nada. Pero faltaba añadir: —y esos tres mil fusiles que tienen los carlistas en Bidarrai y Orraiz, pueblos de Francia, no os deben dar cuidado alguno, porque los franceses son hombres que no dejan pasar una rata por la frontera.» —Señor, ¿se llaman ratas los fusiles en francés?—No, hombre.—Pues entonces de poco sirve que no dejen pasar ratas si dejan pasar fusiles.—Ni ratas ni fusiles, hombre; los franceses nunca han dejado pasar sino lo que han querido.

Aquí hay otro párrafo muy bueno también, señor. «*El rigor de la estación ha interrumpido los progresos de nuestras armas. Entre tanto han sido pacificadas las provincias de Galicia, Toledo y Ciudad-Real; y si otras, con sentimiento mio, no experimentan igual beneficio..... culpa es de mi gobierno, no mia.*—¿Dice eso, hombre?—No señor, no lo dice, pero lo debe decir.—¿Y cómo dice en realidad?—En realidad dice: *«igual beneficio, mi gobierno tiene adoptadas las disposiciones convenientes para que se consiga tan apetecido resultado..... y si no las ha tomado hasta ahora ha sido, ó porque no le ha tenido cuenta para sus fines particulares, ó porque no le ha dado la gana.*—¿Dice eso también?—Si señor, también lo debe decir.—No pregunto si debe decirlo, pregunto si lo dice.—Eso no señor.—Pues hombre, hazme el favor de no leer sino lo que está escrito.—Señor, como el gobierno hace tantas cosas que no están escritas, bueno es que haya quien les lo que no está escrito.

Vamos, sigue leyendo, y lee el texto literalmente. Y sinó trae ese Discurso, y mejor es que lea yo.—«*Después de una guerra desastrosa de siete años el estado de la Hacienda no es tan li- soso, como seria de desear.....*—Y después de las manos desastrosas por donde ha pasado, lo admirable es que haya quedado rastro ni reliquia de la mala hacienda pasada; porque aquí ha habido dos guerras, una de bayonetas y otra de ma- y

nos.—Tirabeque, eso no es del Discurso.—No señor, es un apéndice mio.—*Hay todavía sin embargo inmensos recursos que bastan para restablecer el crédito de la nación y dejar ilosa su nunca desmentida buena fé.*—Si señor, en casa llena pronto se guisa la cena. Lo que sobra son recursos. Solo con el trigo y cebada que ha cogido este año esa Castilla y que tiene estancado en las paneras, habia, si se supiera darle salida, para hacer abí la suerte de media docena ó una de provincias.—Y se la daré, Pelegrin, no lo dudes. Pues aunque el gobierno en lo que menos haya pensado haya sido en el asunto de la navegacion del Duero, que era lo que habia de hacer la felicidad de las provincias del interior, sábete que solo el Marqués de Casa-Irujo ofreció á condición de que le hicieran diputado emplear entorce millones de reales en trigo, y hacer subir este cereal al doble precio del que tiene en el día. ¿Te parece que es un grano de anís?—Señor, quiera Dios no suceda con el cirial de Casa-Irujo lo que con aquel pez de aquel pescador que decia: «Virgen, si saco este pez, de aceite os mando un cuartillo.» Y luego que sacó el pez, en tal de ofrecer el aceite á la Virgen, lo ofreció á la sarten para freirle. Y así pienso yo que son los ofrecimientos de los diputados; lo que quieren es pescar el pez, y despues á la Virgen no la faltará un devoto que la alumbre.

¿Y qué te parece de la *no desmentida buena fé*

de la Nación?—Señor, eso no me lo preguntéis á mí, que soy un pobre lego: acreedores tiene la santa madre nacion que os sabrán responder.

«Os serán presentados varios proyectos de ley continúa el Discurso.....—Señor, déjelo vd., no lea mas.»—Qué, ¿no quieres saber los proyectos de ley que piensa el gobierno presentar á las Córtes?—Señor, eso á su tiempo se proveerá. Logar tendremos de dar nuestro voto cuando los presenten.

Y leí para mí solo el resto del Discurso, el cual en honor de la verdad no está tan mal pergeñado como el de la pasada legislatura. Se conoce que las capilladas que al otro le fueron sacudidas surtieron algun efecto, y que el gobierno va aprendiendo á discurrir.

CORTES DEL CARNAVAL DEL AÑO 40.

SENADO.—PRIMERA SESION.

LOS TRES SUPUESTOS Y EL VOTO DE GRACIAS.

Ocupaba la silla de la presidencia interinamente como el mas niño el Sr. Duque de Castroterreño. Se leyó el real decreto nombrando presidente al Sr. Moscoso de Altamira. Tomó la palabra el Sr. Heros y dijo: que no siendo todavia el señor Moscoso sino senador presunto, por no estar aun aprobadas las actas de su provincia, no podia con

arreglo á la Constitucion y al reglamento presidir á senadores ya aprobados. «*Yo supongo*, dijo, que no hay inconveniente en el acta de la provincia por donde este señor ha sido elegido..... *Yo supongo* que todo está perfectamente calculado..... *Yo supongo* que la eleccion está bien hecha..... mas no será legal que *presida el presidente* antes que su acta esté aprobado.»

El pobre senador de los tres *supongos* suponía bien y suponía mal. Suponía mal, porque los tres supuestos podían muy bien reducirse á uno solo; y suponía bien, porque se mataba con la razon, como voy á demostrar con el siguiente diálogo que tuve ayer con el hermano Moscoso encontrándonos en la calle.

«A Dios, Sr. Moscoso de Altamira, conde de Fontao y un renglon de etcéteras.—Beso á vd. la mano, R. P. Fr. Gerundio.—¿Con que tenemos el gusto de ver á vd. senador tambien en la presente legislatura? Que sea mil veces enhorabuena.—Aun no lo soy, P. Fr. Gerundio, ni puedo serlo hasta que se apruebe el acta.—¿Pues no es vd. presidente del Senado?—Eso si, servidor de vd., por real nombramiento del 15.—Que sea mil veces enhorabuena, señor mio. Ah; pues cuando ha sido vd. nombrado presidente del Senado ya será vd. senador.—Presunto, presunto. Ya digo á vd.; presunto.—Pero senador sin presuncion aun no es vd.—Oh, no; sin presuncion no.—¿Pues cómo puede vd. ser presidente de senadores sin ser senador?

¿O puede serlo cualquiera?—Ah, no, cualquiera no; ¡qué insensatez! pero ya soy D. José Moscoso de Altamira, ahora últimamente conde de Fontao.—Ah, es verdad; ahora ya comprendo. Besa á vd. la mano, señor conde de Fontao, senador presunto, presidente del senado de senadores.—Besos la vuestra, Rmo. Padre.—A Dios, á Dios.

Però como iba diciendo de mi cuento, se levantó el marqués de Viluma, y dijo que no debía accederse á lo que proponía el Sr. Heros, pues los nombramientos de senadores que hace la corona son *hipotéticos*; de consiguiente el Sr. Moscoso era un senador *hipotético*, y su presidencia también *hipotética*. A lo que añade Fr. Gerundio que el Real Decreto del 15 fué también *hipotético quoad primam partem*, esto es, en cuanto al nombramiento del presunto Moscoso, pero *quoad secundam partem*, á saber, respecto de los demás nombramientos que comprende, fué *absoluto*. De consiguiente fué un Real Decreto *misto de hipotético y absoluto*, que es un género nuevo de decretos.

Apoyado el senado en la *hipotesis* del marqués de Viluma, no se tomaron en consideración los *supungos* del Sr. Heros.

Ocupó la silla de la presidencia el vice-presidente Sr. Taranco, y dijo: «Pido al senado se sirva acordar un voto de gracias al respetable Sr. duque de Castroterreño por el acierto con que ha desempeñado la presidencia.» El senado siempre generoso y apreciador del mérito, aunque le en-

cuentre en las asentaderas de un duque, no vaciló en acordar el voto de gracias al de Castroterreño por el acierto sin duda con que sus posas habían ocupado la silla, que ni tiempo tuvieron para haberla calentado. Cuando el duque de la Victoria destruya á Cabrera, no debe dejar de pedir un voto de gracias al senado, apoyando su súplica en el precedente de Castroterreño.

Terminada esta accion magnánima, se procedió á los nombramientos de secretarios y secciones, y se levantó la primera sesion senatoria del presente carnaval en que estamos.



PRIMERA SESION DEL CONGRESO DE DIPUTADOS.

QUEDEN USTEDES CON DIOS.



Esta sesion empezó marchándose la gente. Se iba á proceder al nombramiento de las dos comisiones de actas que previene el reglamento. Pero el hermano Olózaga pidió que antes se diera cuenta de una proposicion que con otros habia presentado. El hermano Olózaga no fue complacido, empezando á experimentar lo que mi profecia gerundiana le tenia pronosticado en el artículo de los aguadores. Entonces él amostazado,

echando mano al sombrero,
el primero,

dijo, «pues estoy demás
en el salon.»

Y marchando á su compas
la oposicion,
pusiéronse todos graves,
y dijeron;
«ahí os dejamos las llaves,»
y se salieron.

Quedáronse pues los otros, es decir, la mayoría, como deseaba. Y ellos que es jente que no se pica del honorcillo, dirian para sí: «andad con Dios, que enantós menos bultos mas claridad.» Nombraron sus comisiones de actas, resultando elegidos..... *el buen requeson de Miraflores* (1), es decir, la flor, la nata, el requeson de los sanjuanistas. Doce comisionados como doce perros de presa: entre ellos está Pidal. Éste al pobre que agarre de la oreja, no le suelta. Un apostolado selecto, en que pienso que no haya ningun Judas. Entre ellos está Galiano: el padre del hijo.

Asi terminó la primera sesion diputatoria del carnaval presente. Se me figura, á mi Fr. Gerundio, que me voi á divertir mucho en este carnaval. No con las córtes, que es cosa muy formal y muy seria, sino con los bailes y farsas que hay por ahí.

(1) Capillada 152.

Editor Responsable Francisco de S. Fuentes.

IMPRESA DE MELLADO.